



## **Eucaristía del aniversario de los 60 años de “Nazaret” en Alicante**

Domingo 26 de noviembre de 2017

Solemnidad de Cristo Rey

Mis queridos hermanos, creo que es una auténtica suerte el que precisamente, en este sitio, en la celebración de estos 60 años que hacéis, la liturgia de la Palabra, especialmente el Evangelio que acabamos de escuchar, haya venido a iluminar de una manera importante y profunda lo que significa este lugar. Sobre todo la voluntad de aquel padre jesuita que puso en marcha esta casa y esta obra. El padre Fontova hizo realidad un compromiso que él sintió hace 60 años, en el que se puso desde aquella confianza, que estaba en la base de su consagración al Señor como hijo de San Ignacio, y se puso a dar de comer, a acoger, a dar educación, compañía, futuro a criaturas con necesidad.

En este día de Cristo Rey las lecturas de la Palabra de Dios nos han venido a recordar, en este final del año litúrgico, grandes convicciones, grandes mensajes que el Señor, a través de su Palabra, ha ido sembrando en nosotros a lo largo de estos meses, en ese recorrido que es por la Historia de la Salvación el Año Litúrgico.

Es precioso recordar lo que nos decía Ezequiel en la Primera Lectura. Aparece en un momento de la historia, vosotros me imagino que os suena que los reyes de Israel recibían también el título de pastores del pueblo, los encargados por Dios no solo de gobernar, sino de cuidar, de conducir a su gente, a su pueblo. Pero Dios, llega un momento, el texto que hemos escuchado lo refleja con una gran claridad, Dios está harto de los reyes, está harto de los jefes del pueblo porque se dedican a apacentarse así mismos, se dedican a cuidarse a sí mismos, y el pueblo que se muera. Por eso el texto dice con toda claridad que ya está bien. Yo Dios, voy a cuidar de mi gente, voy a ser el pastor de mi pueblo. Y dice esas expresiones preciosas: no solo les guía, no sólo les da de comer, sino que habla de vendar, de curar persona a persona, oveja a oveja, a cada miembro de su

pueblo. Es un texto precioso que transparenta el corazón de Dios que es padre, que es pastor, que es rey servidor del ser humano, de cada hombre y mujer de su pueblo. Por eso, el pueblo de Israel, desde la fe, acoge como palabra inspirada por Dios, el salmo de hoy. Esas palabras que han pronunciado millones de creyentes, cristianos y muchos judíos antes y después de Jesús, que ha muerto perseguidos, machacados, masacrados de todas las maneras, que han muerto diciendo: “el Señor es mi Pastor nada me puede faltar”.

Son palabras que corresponden, desde el corazón del ser humano, desde el corazón del pueblo, a lo que Dios fue, es y seguirá siendo, nuestro Rey, nuestro Pastor; el que nos quiere, el que nos cuida. Cuando preparaba la homilía y leía esas palabras, me venía a la cabeza, puesto que la Iglesia es prolongación en la historia del mismo Jesús por acción del Espíritu Santo, esas palabras del Papa Francisco que nos pide que seamos “hospital de campaña”, gente que cura, que sana, que venda heridas, que pone amor en cada necesidad, en cada desastre, en aquellos que viven cerca o lejos de nosotros.

Si, el salmo y el texto de Ezequiel volvían a recordarnos que Dios es amor, un amor personal y cercano a cada uno de nosotros; y al final del Año Litúrgico, mirando a Cristo Rey, también es bueno recordar unas palabras del Papa Francisco en una catequesis suya sobre la esperanza, que decía: “es muy fácil que tú digas que quieres a Dios, pero es más difícil que digas de verdad y sintiéndolo en tu experiencia, en la entraña de tu ser, Dios me quiere”. “Repíte muchas veces Dios me quiere”. Pues bien la Palabra hoy no recuerda, que cada uno somos queridos por Dios, y que en la Historia de la Salvación una de las grandes conclusiones es precisamente ésta: no hay pecado, no hay situación de desastre, no hay cosa que haya cometido que no pueda ser limpiada, restaurada, curada, reconstruida por Dios. Dios me puede salvar si yo quiero, si me pongo en sus manos.

La lectura de Pablo recordaba otra gran cuestión de este Año, de toda la Historia de la Salvación: la resurrección de Jesús. El momento decisivo en esta Historia. Por eso la Carta a los Corintios que hemos leído, comenzaba con la afirmación: “Cristo a resucitado”. Nosotros estamos aquí tan metidos en los problemas, las historias de cada día, que nos olvidamos con facilidad no sólo que Jesús resucitó, sino de que Jesús es la resurrección, Jesús es el camino y la vida de cada uno. Hemos sido unidos a Él, vencedor

de la muerte. Lo decía el texto de hoy: “el último enemigo de Dios que será derrotado de forma definitiva, será la muerte”. Cristo, que es Dios mismo, la hará desaparecer. El final del camino no es la tumba, no es la oscuridad, no es desaparecer,... es estar con Dios para siempre, es la eternidad, es resucitar para estar siempre con el Señor.

El evangelio nos ha dicho con mucha claridad que quiere Jesús de nosotros. En ese texto precioso, Jesús, imagen del Padre, lo que dice es que al final de la vida será realizada, la frase tan sencilla de San Juan de la Cruz: “al atardecer de la vida seremos examinados del amor”. El examen de nuestra vida, la nota más importante de nuestra vida, la última palabra de Dios será sobre el amor, sobre nuestros sentimientos, sobre nuestros compromisos con la gente que sufre cerca o lejos de nosotros. “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo, estuve en la cárcel con sufrimiento,...”. Jesús se identifica con el pobre. Que gran idea del Papa Francisco, el domingo pasado, el domingo anterior a Cristo Rey, para que quede claro que Jesús se ha identificado con los más pobres de la humanidad, que ha querido hacer la Primera Jornada Mundial de los Pobres. Para recordar que ser de Jesús, ser cristiano es amar y servir, es entregar la vida por toda la gente que llama a nuestra puerta porque está en miseria, en soledad o desesperación.

Seremos examinados al final de la vida de amor; y de amor personalmente. A lo mejor uno puede estar en la Iglesia y haciendo muchas cosas institucionales de caridad, pero tú no tener caridad. Puedes estar incluso en una asociación religiosa, colectivo que hace cosas buenas para los demás, para gente que necesita comida, educación vestido etc. pero tú no tener amor. No podemos vivir escudados detrás de las obras de la Iglesia o de otras realidades sociales que hacen cosas buenas por los demás. Dios mira que hagas cosas buenas, pero además y fundamentalmente recordemos que cada uno, delante de Dios, tiene que tener autenticidad , hacer las cosas de corazón, y entregar tu vida para los demás en el amor, el servicio y la entrega.

Muchas cosas podríamos decir, pero creo que la Palabra de Dios hoy ha sido clara. Celebrar Cristo Rey, pero un Cristo Rey que es Pastor, que es el Señor de la Vida, que ha resucitado para que nosotros tengamos Vida para siempre y para que sobre todo, el camino de la vida, sea de amar, de servir; Él que se identifica con los más pobres, los más olvidados,

arrinconados, con los últimos de la sociedad. Repito que es importante, podemos estar muy comprometidos con cosas y casos que están lejos, pero quizás hay gente cerca que tiene hambre, que tiene hambre de una sonrisa, que pasa hambre de un poco de cariño, que tiene hambre de un poco de compañía, y tú estás quizás embarcado en grandes proyectos, en grandes palabras, en grandes discursos, pero ¿y tu corazón? ¿y el que tiene hambre de tu palabra, sonrisa, consuelo que pasa? Delante de Jesús examinémonos, de amor y llenemos por su gracia de esperanza ese futuro de vida y de eternidad que nos ha prometido. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.